

---

## CAPITULO XXIV.

---

**H**emos dicho que Hanson habia llevado á sus hermanas para cuidar á Teodoro desde el momento que este volvió á su prision, que las habia dejado un instante despues, y no habia vuelto á parecer: por la noche Shechem no le halló en la posada, donde habian tomado un cuarto mancomunadamente: preguntando al posadero y á los criados, supo que habia montado á caballo media hora despues de la partida de Eduardo, y que habia mandado le siguieran dos cria-

(175)

dos que tenia, y ademas otro de su cuñado. Shechem se imaginó al principio que habria ido á acompañar á este último hasta la posta inmediata, y que sin duda se habrian decidido á pasar juntos la noche, y no separarse hasta el dia siguiente. Sin embargo, se admiró de que no hubiese revelado á alguno su designio, y sobre todo que hubiese tomado tanta gente á su servicio. Esta última circunstancia le inspiró bastantes inquietudes. Eva por su parte concibió sospechas que no disimuló á su padre, y le confió asi:

«No sé si mis presentimientos me engañan, dice ella, pero yo no los tengo buenos. ¿No me habeis dicho que os tuvo con la mas

cuidadosa atencion aquella violenta agitacion de Hanson durante el curso de la causa? Bien sabeis que es mui iracundo, y me temo le comprometa su caracter: él ha jurado veinte veces tomar una venganza completa de los ultrages que habia sufrido, y ahora las desgracias de su familia, cuyo cuadro le ha pintado Teodoro, le han acabado de exasperar; por manera, que me temo ha marchado á encontrarse con Cyphon.

— Tú me instruyes de una cosa que yo no alcanzaba, esclama Shechem: sí, tu presentimiento es fundado: ahora me acuerdo de que saliendo de la prision me ha apretado fuertemente la mano sin hablar una palabra, y noté que el furor estaba

pintado en sus ojos. Sorprendido de tan estraño movimiento, lo atribuí al sentimiento que todos teniamos; pero no me ocurrió la idea de tan fatal designio. ¡Cielos! ¿qué será lo que suceda á este jóven entregado á la desesperacion?»

Shechem, aunque la noche estaba ya bastante avanzada, hizo tomar al momento un caballo al hijo de su posadero, jóven inteligente y activo, que se habia ofrecido espontáneamente á encargarse de cualquiera comision: le mandó tomase el mismo camino que el caballero Cyphon, que habia salido de la ciudad antes de concluirse la causa, y que no volviese sino despues de haber visto al jóven Hanson, ó el coche

del padre de Teodoro , y cuando diestramente se hubiese informado de no haber sucedido ninguna cosa extraordinaria. Shechem presumia con razon , que si el encuentro que temia, se habia verificado , no habria ya tiempo de prevenir sus consecuencias ; pero era preciso cerciorarse lo mas pronto posible del suceso, para tomar despues las medidas que las circunstancias hiciesen necesarias.

Bensadí pasó el resto de la noche en la inquietud : se acostó, pero no durmió ; y apenas era de dia , cuando ya estaba en pie á la ventana de su cuarto , que daba al camino real , para ver si su espreso volvia. A las nueve de la mañana no habia vuelto aun : She-

chem, consternado y devorado por tantas inquietudes , fue á ver á Teodoro. Habia tenido la precaucion de recomendar á su hija no comunicase á las dos hermanas de Hanson ninguna de sus sospechas. La ausencia de su hermano las admiraba ; pero tambien habian creido que habia marchado á conducir á Eduardo. Bensadí y Eva conocian que no era el momento de desengañarlas , y que demasiado pronto sabrian la verdad.

Apenas hacia una hora que Shechem estaba en la prision, cuando fueron á buscarle de parte de su hija : creyó que su espreso habia vuelto , y dejó al momento á Teodoro con las dos hermanas de Hanson , prometiendo vol-

(180)

verle á ver en el mismo dia.

Llegó á la posada y halló al hijo del posadero en el cuarto de su hija, á quien habia ya dado cuenta de su viage: habia hecho mas de ocho millas de camino á galope y no habia visto nada; y habiendo aflojado un poco en su carrera para dejar á su caballo el tiempo de respirar, creyó oir á poca distancia del camino el ruido de algunos caballos que marchaban lentamente. Siguió un sendero que conducia al parage de donde parecia salir el ruido, y despues de unos diez minutos de marcha vió unas parihuelas conducidas por cuatro hombres con una persona herida, que la claridad de la luna le dejó bien pronto re-

(181)

conocer, y era el jóven Hanson: sus criados llevaban cada uno dos caballos, y le refirieron que su amo se habia batido en duelo: que estaba herido, pero que habia muerto á su enemigo: el espreso siguió este triste convoi hasta el arrabaló lugarcito inmediato: Hanson fue conducido á la casa de un cirujano mui famoso del canton. Habia recibido dos golpes fatales de sable, el uno en la rodilla y el otro en un brazo: la curacion, aunque dolorosa, se terminó felizmente.

«Yo no quise retirarme, continuó diciendo el hijo del posadero, sino despues de haberme asegurado que el estado de Hanson no era peligroso: me ha reconocido, y

se ha maliciado que yo habia sido enviado por sus amigos, á quienes espera ver lo mas pronto posible.»

Recompensó Shechem generosamente á este jóven, y se dispuso sin perder momento para marchar á donde estaba el herido. Eva se encargó de noticiar con precaucion á la esposa de Eduardo y su hermana lo que habia sucedido á su hermano; pero se acordó no decir nada á Teodoro, y que para disimular la causa de haberse ausentado Hanson se le podria decir que habia acompañado á Eduardo hasta Lóndres.

Shechem tomó una silla de posta, y llegó en pocas horas al pueblo donde estaba Hanson: su entrevista fue interesante: el enfer-

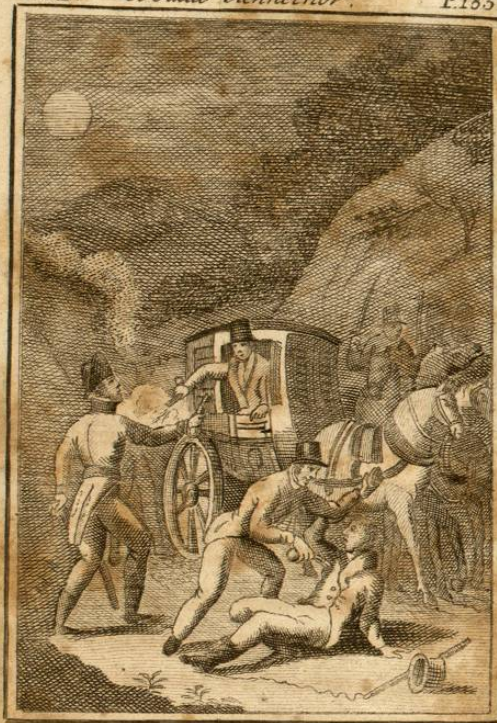
mo sin fuerzas para hablar, porque habia perdido mucha sangre, no pudo dirigir á su anciano amigo sino algunas palabras mal articuladas.

«Habia jurado vengarme, le dijo: yo debia tomar una satisfaccion por los manes de mi padre, de mi madre, de mi pobre hermana.... pero no he arrancado la vida sino al vil instrumento del malvado que ha perdido á mi familia: Cyphon se me ha escapado.»

Shechem no le permitió hablar mas: su cura no era dudosa, pero era preciso tiempo y mucho cuidado: Hanson que sabia sufrir, se resignaba sin pena y sufría con paciencia.

Bensadi sin embargo tenia curiosidad de saber los detalles de este acontecimiento: entre los criados que habian sido testigos, habia uno que parecia tener mas conocimiento y resolucion que los otros: le preguntó, y hé aqui lo que le dijo:

Hanson, luego que se separó de Teodoro, volvió apresuradamente á la posada: habia hecho ensillar su caballo, despues de haber mandado á sus dos criados y al de Eduardo buscasen uno para cada uno, y se habia marchado con ellos, todos bien armados de espadas y pistolas. William, aquel que daba estos informes á Shechem, estaba en el secreto de su amo: habia jurado defenderle con



*Asesino; mereces la muerte; pero te ataca  
un hombre de honor; baja infame, y  
dejando tu vida .....*

(185)

peligro de su vida, y los otros dos, adictos igualmente á Hanson, y hombres de mucho valor, podian serle útiles en caso de necesidad. Este último sabia que Cyphon iba siempre mui armado y rodeado de hombres á sus órdenes: hé aquí lo que le habia determinado á ir bien acompañado, para no ser arrollado por el número, y estar en estado de vencer todos los ostáculos que pudiesen impedirle acercarse á su enemigo.

La noche estaba ya bastante adelantada, cuando informándose en una casa de postas supo que habia pasado un coche poco tiempo antes, y que no llevaba mas de una media hora de ventaja: convencido de no poder ser otro que

aquel que buscaba, aceleró su marcha hasta un parage donde se dividia el camino en dos, de los que el uno parecia ser un sendero poco frecuentado, y de esta parte fue de la que creyó oír á lo lejos las ruedas de un carruage: continuó velozmente este sendero seguido siempre de su gente, y no tardó en alcanzar el coche: William corrió al postillon, al que presentó una pistola amenazándole con la muerte si no detenía sus caballos.

«Nada de violencia, exclamó un hombre que estaba en el coche: hé aquí mi bolsillo, tomadle, y dejadnos seguir nuestro camino.

— No, no, respondió Hanson lleno de furor: te conozco, mise-

rable: yo no soi un ladron: tú, ser vil, tú sí que eres el malvado, el destructor de la inocencia y de la virtud. Reconóceme, yo soi Hanson: yo soi aquel hombre víctima de tus maldades, cuyo padre has asesinado, y deshonorado á su hermana: vengo á pedirte cuentas de tus crímenes: tú mereces la muerte, pero te ataca un hombre de honor: baja, y defiende tu vida.

— Te engañas, yo no soi el enemigo que tú buscas, responde el que estaba en el coche; pero he aquí como yo me defiende.»

En este instante, este hombre feroz, que no era sino el conserge de la casa de correccion, de la que mas de una vez hemos hablado en el discurso de esta historia,



tomó una pistola é hizo fuego sobre Hanson; pero como la oscuridad de la noche le habia impedido ver bien, no tocó á nadie la bala. Este malvado, furioso, gritó al postillon para que siguiese su camino, y entonces William, que era mui vigoroso, trastornó al postillon del caballo, y le puso una pistola al pecho, ínterin que Hanson, habiendo abierto una puertecilla del coche, amenazaba al conserje con levantarle la tapa de los sesos si no bajaba inmediatamente á medirse con él.

«Mi amo, continuó William, podía escusarse de esta generosidad con respecto á un mónstruo de esta especie, que ha hecho fuego sobre él, y le ha atacado como

asesino. Poco faltó para que su lealtad no le costase la vida; porque el miserable, viendo lo peligroso que era el quedarse en el coche, se arrojó bruscamente á tierra, y cayendo con el sable en la mano sobre Hanson, le hirió gravemente un brazo y una pierna: mi amo entonces no se creyó ya obligado á tenerle ninguna consideracion: le tiró un pistoletazo á boca de jarro, y cayó redondo á sus pies.

«Echamos el cadáver en el coche, y haciendo montar al postillon, rompió á gran galope, sin que hayamos podido saber cómo se nos escapó Cyphon.»